



Premio Goncourt 1984

8004

Duras: "El Amante"

Por Carlos Franz

"MUY pronto en mi vida fue demasiado tarde", dice la amada. "A los 18 años ya era demasiado tarde. Entre los 18 y los 25 años mi rostro emprendió un camino imprevisible. A los 18 años envejecí".

Esa amada, que escribe con tan lúcida melancolía, es Marguerite Duras, la autora de *El Amante* (Tusquets editores, 1984). Su libro es el viaje de una memoria inclemente que desanda medio siglo, hasta la adolescencia y la primera pasión "en la gran planicie de barro y de arroz del sur de la Cochinchina, la de los Pájaros".

La pequeña Marguerite, de 15 años, cruza el río Mekong, hacia Saigón, en el Vietnam francés de los veinte. El amante es un rico heredero chino. La escena del encuentro en el transbordador, que es el eje de esta novela autobiográfica, se reitera primero en "plenas" fraccionadas e imprecisas que se "fundan en negro", cortos asedios de la memoria que vacila ante el abismo del pasado. Luego, un "close-up" de los pies de la adolescente, de sus zapatos de tacón alto enlameados. Después, la "cámara" se fija sobre la estela del transbordador, sobre el inmenso Mekong que "se derrama como si la tierra se inclinara"; otro "fundido en negro"... Emplear esta terminología cinematográfica se justifica porque este libro es también, a su modo, una película.

Desde su origen, el *nouveau roman* —al que comúnmente se asociaba Marguerite Duras— encarnó una paradoja: la aspiración a una novela objetiva. Era previsible, con esa meta, que fuese en el cine y no en la novela donde diese sus mejores frutos esta corriente. Como suele pasar con los preciosismos, el *nouveau roman* se esterilizó en la exacerbada conciencia de sus medios, frente a la lejanía inaprehensible de sus fines. Así fue como los sumos sacerdotes del movimiento (Robbe-Grillet, Butor) han derivado a un uso indiferente del lápiz o la cámara. Marguerite Duras no es un caso singular, en este aspecto: casi 20 de sus novelas no consiguieron lo que con un solo guión cinematográfico —el de *Hiroshima, mon amour*, la cinta maestra de Alain Resnais— pudo lograr. Pero hay algo más, los preciosismos, estériles y todo, pueden ser escuelas durísimas (es decir, muy buenas) donde se afina el oficio. *El Amante* muestra precisamente el acendrado ar-

te literario de Marguerite Duras y se beneficia de toda su experiencia cinematográfica, conciliándolos en un híbrido perfecto, que es signo, a menudo, de una obra de arte mayor. Por eso, este libro es también, a su modo, un filme de cegadora belleza.

El Amante recibió el Premio Goncourt cuando ya llevaba 200 mil ejemplares vendidos en Francia. En menos de un año se ha traducido a seis idiomas y en todos ellos ha provocado la misma admiración. Nunca antes Marguerite Duras había sido una autora popular, ni premiada. Permaneció más bien en segundo plano, escribiendo y filmando, durante 40 años. Recién ahora —septuagenaria— es cuando viene a contrariarla la gloria (esta palabra desprestigiada e imprescindible) las traducciones simultáneas, los millones de ejemplares vendidos, las entrevistas en televisión...

¿Por qué *El Amante*, esta novela-filme, compleja y a la vez transparente, fría y también apasionada? Tal vez, porque en *El Amante* hay algo superior a la preocupación lingüística, a esa fruición por la tramoya, que en varias obras de esta autora agotaba a los lectores. Ese algo debe ser, en una palabra, vida: el sollozo, la somnolencia, el arrebatado de energía con el que brillamos un instante contra el tiempo infinito.

Aquella vida es a la que alude, por ejemplo, Leonardo en su "Tratado de la Pintura", cuando afirma que todo gran artista se ocupa en sus obras "del hombre y la intención de su alma". Precisamente, la Duras realiza ese ejercicio de la memoria que es más una historia de la experiencia del alma (de tener alma) que cualquier otra cosa. Cuando el amante chino lleva a la pequeña francesa a su garconniere y la baña y el griterío de Saigón se apaga tras las persianas, la adolescente descubre el deseo, el amante sabe que nunca será amado y ambos están solos "hasta morir de ese amor misterioso de los amantes sin amor". Porque la autora no encubre lo obvio: "de eso es de lo que se trata, de esas ganas de morir".

La pasión y la muerte vistos con el ojo de una memoria implacable, pero no analítica, una memoria emocional. Si es que existe algo como una "literatura femenina". *El Amante* pertenece a ella. Nada más lejos de esta autobio-

grafía que esas memorias masculinas voluntariosas, que reconstruyen donde nunca se edificó, que encuentran lógica en lo que se vivió como un absurdo intolerable y le ajustan cuentas al pasado (con la ventaja de ya no tener un futuro al que rendírselas). Por el contrario, estas "memorias" responden al concepto proustiano del recuerdo involuntario, esa especie de "evocación libre" por la cual un trozo del pasado es revivido con toda su pureza en el presente.

Si *El Amante* es una novela cinematográfica hasta cierto punto, también leer este libro es contemplar un Álbum de viejas fotografías. La primera foto es imaginaria: Duras se recuerda, de 15 años, en el transbordador que cruza el Mekong; "pudo haberse hecho una fotografía", nos dice, aunque no sabemos para qué si su recuerdo es más real. La siguiente es auténtica: aparece la madre en el patio de su casa en Hanoi; pero lo que vemos es un retrato no de la nariz o los cabellos, sino de la desesperación de la madre.

Esa es otra cosa que es este libro: el relato exasperado, a ratos histórico, de una incompreensión filial que ha atravesado medio siglo y ha quedado pendiente: tras el alejamiento de la hija, tras la muerte de la madre, entre ambas.

Y otra cosa que es *El Amante*: su consumada virtud literaria. Tan acentuada que llega a esa que debe ser una de las cumbres del arte de escribir: sin necesidad de metáforas, un personaje o una escena encarnan a sus arquetipos. Así, la Duras habla de "la pequeña", de "el amor", de "la familia", de "el cazador" y sabemos quienes son y no necesitamos preguntar por sus nombres...

En una entrevista concedida a *Le Matin*, M. Duras afirma que lo que diferencia a *El Amante* y *El Mal de la Muerte* (su novela anterior publicada en castellano también por Tusquets, para su colección erótica: *La sonrisa Vertical*) del resto de su obra, es que por fin —tras 40 años de literatura— sintió que había "perdido el miedo". Leyendo *El Amante* uno comprende la verdadera estatura de ese miedo: "Nunca he escrito, creyendo hacerlo, nunca he amado, creyendo amar, nunca he hecho nada salvo esperar delante de la puerta cerrada".

Ahora, al final, la puerta se entreabre.

Q Mercurio - siglo. 21-10-1985

Duras, "El amante" [artículo] Carlos Franz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Franz, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Duras, "El amante" [artículo] Carlos Franz.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile